



GEORGOS

CAROLINA LOZANO

edebé

CAROLINA LOZANO

GEORGOS



edebé

© Carolina Lozano, 2014

© de la edición: EDEBÉ, 2014

Paseo de San Juan Bosco 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte

Diseño de cubiertas: César Farrés

Fotografía de portada: Thinkstock

ISBN 978-84-683-1239-2

Depósito Legal: B. 500 -2014

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

NOTA DE LA AUTORA: Esta novela está estructurada en 23 capítulos, en conmemoración al 23 de abril, festividad de San Jorge y Día Internacional del Libro. Si se toma la primera letra de cada título de capítulo, y luego la primera letra del primer párrafo de cada capítulo, aparecerá un mensaje críptico.

Es ésta una leyenda antigua como la humanidad, pero a la vez nueva.

Una historia de un caballero y de un monstruo que allá donde aparecía traía la tragedia.

Un hecho que revela lo mejor y lo peor de nosotros mismos, ahora que el dragón nos acecha.

*Para mi familia, como siempre.
A S y J, que siempre están ahí.
Y también
especialmete: a mi abuela.
Ninguna tormenta consiguió apagar su llama.
A Magda, que siempre ha ayudado
a hacer posible todo esto.*

Índice

PARTE 1: Introducción	9
1. Vida y muerte en el bosque	11
PARTE 2: La llegada del mal	17
2. Invierno duro y cruel	19
3. Desapariciones	24
4. Antes de que fuese tarde	30
5. Derramamiento de sangre	37
6. El cronista viajero	44
7. Sin consuelo	56
8. Alabanzas al caballero	67
9. Ninguna esperanza	73
PARTE 3: La tragedia interminable	81
10. Justos por pecadores	83
11. Ovejas para el dragón	91
12. Reos y traidores	97
13. Generosidad envenenada	103
14. El sorteo	109
15. Ya había empezado	116
16. El superviviente afligido	122
17. La exigencia del pueblo	127
18. Donde las dan, las toman	132
19. Recuerdos que dejan huella	138

20. Adiós a Elisenda	144
21. Gracia divina	151
22. Olor a muerte	160
PARTE 4: El inicio de la leyenda	171
23. Nunca se sabrá	173

PARTE 1:
INTRODUCCIÓN

1. Vida y muerte en el bosque

Ya hacía días que, de repente, un silencio opresivo invadía la ribera del río cuando el sol calentaba el ambiente. También esa mañana los pájaros que se aglomeraban a la vera del torrente dejaron de piar, y las cigarras guardaron silencio. Al sonido del correr del agua y del roce de la brisa en las hojas sólo se sumó el golpeteo sordo de unas patas grandes, lentas, pesadas y poderosas; y el rumor de una cola que se arrastraba. El bosque estaba tenso porque a aquellas horas, cuando el sol ya había calentado su piel fría y escamada, el monstruo empezaba su caza.

Como cada mañana la bestia se acercó a beber a la orilla. Miró a su alrededor, los ojos negros, pequeños e inteligentes observando los matorrales cercanos. La lengua bífida, delgada como su cráneo alargado, entraba y salía de la boca trayéndole olores desde una distancia de varios kilómetros. Los animales huían de él, o se escondían, pero no importaba, porque él era un maestro de la caza. Tomó el camino abierto entre la hierba seca siguiendo la concentración más fuerte de aromas, y adentrándose en una masa de maleza

espinosa, se dispuso a esperar. Con calma, inmóvil, hasta que las presas acudieran a beber al afluente.

Pasaron algunas horas, pero ninguna presa lo espoleaba. Simplemente esperaba paciente, alerta, con el largo cuello estirado y la mirada oscura fija en el camino que llevaba al agua. Con la llegada del cenit los animales comenzaron a acercarse a beber, pero él no atacó a conejos o tejones. Había crecido, y esperaba presas más grandes.

Al cabo del tiempo una cierva de gran tamaño apareció en el camino, llamando su atención. Una explosión de hojas y el monstruo se lanzó al ataque. Sorprendida mientras daba la vuelta para huir, la cierva recibió un mordisco en el anca izquierda. El monstruo se levantó sobre las patas traseras, con intención de hacerla caer apoyando en ella el formidable peso de su cuerpo alargado. Pero los ciervos son ágiles, y muy rápidos. A punto de resbalar, la presa consiguió librarse de las fuertes zarpas y corrió rauda pese a la pata herida. Saltó entre zarzas y rocas y se perdió de vista en la espesura seca del bosque.

Había escapado, pero tampoco importaba. Su atacante se acercó a beber de nuevo en el torrente de agua. Sólo tenía que esperar hasta que la ponzoña de su saliva, espesa y nociva, envenenara a la cierva, y el olor intenso y dulzón de la podredumbre lo llevara de nuevo hasta ella.

Dos días más tarde la cierva yacía en una pequeña hondonada entre las agujas caídas de los pinos. Aturdida, gemía de vez en cuando. La herida de su pata estaba

negra, cubierta de moscas, y la debilidad le impedía levantarse. Había desistido hacía horas.

Así la encontró el depredador, que se acercó haciendo crujir la hojarasca bajo sus patas. Olió a la cierva indefensa y utilizó una de sus garras delanteras para tratar de darle la vuelta y exponer su vientre. Su presa se agitó frenética, pero eso apenas molestó al devorador. Simplemente empezaría a comer por el lomo, hasta que pudiera acceder con facilidad a zonas más succulentas. Mordió la gruesa piel de su presa y empujó con el morro hacia dentro para agarrar también la carne, y entonces tiró con fuerza. Masticó mientras la cierva, tratando de levantarse de nuevo, lanzaba un mugido lastimero.

Excitado por el sabor de la sangre, el depredador reanudó su tarea con frenesí, pese a que nadie iba a acudir a disputarle la presa, salvo las moscas que ya se afanaban en ella. Y siguió comiendo, voraz y ajeno a todo, incluso a los espasmos desesperados de la cierva. Sus gemidos durarían aún varias horas, y después el monstruo podría pasar varios días sin comer. Pero su cerebro, primitivo y eficaz, ya había guardado el rastro de otro aroma que hablaba de presas numerosas que parecían estar siempre en un mismo lugar. Había llegado el momento de extender su territorio, y avanzar.

Transcurrieron unos días y el animal, que ya se había trasladado a zonas más bajas y abiertas de la sierra, fue acercándose allá donde el embriagador aroma de las presas lo atraía. No se acercaba más, sin embargo, porque otros olores lo turbaban; olores que no tenían nada que ver con lo que había conocido hasta entonces

y que de momento, hasta que no fuera por hambruna, no lo harían arriesgarse a encontrar un peligro que amenazara su supremacía. Pero dejaba atrás la parte más enzarzada e impracticable del bosque, donde ya no se sentía tan cómodo debido a su envergadura, para establecer su morada en aquellas planicies rocosas, de bosque abierto y riachuelos cercanos. Y allí no estaría solo.

En el extremo norte de su nuevo territorio, la espesura se abría en una larga y ancha línea de hierbas bajas y de tierra aplastada, que constituía un importante camino de acceso al burgo principal del ducado al que pertenecía aquel paraje. Una senda pisada por muchos pies y hendida por muchas ruedas, de las carretas que llevaban y traían gente y mercancías a aquella próspera villa.

Era aquel un lugar favorecido por la benevolencia del clima, la fertilidad de la tierra y, según las leyendas, por las bendiciones. Ya hacía tiempo que la gran cruz verde, encontrada en un cruce de caminos y llevada luego a la ciudad, había marcado el punto donde cinco jóvenes cristianos habían sido martirizados por los sarracenos. Y también estaba allí el lugar donde la Virgen se había aparecido a una noble dama bizantina, indicándole que debía crear un santuario en su honor en una cueva cercana. Por ello el burgo, que había nacido como una simple aldea y ahora gobernaba un ducado, había prosperado y se había convertido en un famoso lugar de paso no solo por estar en el camino entre las

grandes ciudades del reino, sino por sus mercados de ganado, sus ferias, y la Virgen milagrosa que era motivo de tantos peregrinajes.

Uno de esos muchos viajeros, un monje itinerante que trabajaba como escriba, avanzaba una tarde calurosa por el amplio camino. Ocioso, se había separado del grupo de peregrinos a los que se había unido al salir de la posada aquella mañana. Estaban en las cercanías del burgo, y allí ya nada temía de asaltantes ni forajidos. Así que se permitió retrasarse para disfrutar del paisaje de árboles altos y sotobosque aromático que le rodeaba, y que pronto se marchitaría con la llegada del frío del invierno.

Al cabo de un rato sintió ganas de aliviar sus necesidades y se adentró en el bosque. Estaba a punto de arremangarse los faldones de la saya, cuando se dio cuenta de que a su alrededor todo parecía haber enmudecido. En sus largos viajes había aprendido a escuchar el ruido y el silencio, porque los animalillos del bosque, tan vulnerables, intentaban hacerse invisibles ante cualquier peligro.

El monje soltó sus ropas, agarró con fuerza su bastón y miró a su alrededor buscando a los rufianes que estuvieran dispuestos a atacarle. Frunció el ceño cuando oyó el fuerte susurrar de la hojarasca, deduciendo que debían de formar una cuadrilla numerosa. Pero no vio aparecer a nadie, pese a que el rumor se había detenido a apenas unos pasos del lugar donde se encontraba. Con su angustia acrecentándose, giró bruscamente la cabeza al sentir que a su derecha se movía un arbusto de lentisco. Y vio entonces algo que lo hizo encogerse con

horror. Unos ojos negros, demoníacos pero inteligentes, lo observaban desde una cabeza de reptil.

No pudo retroceder dos pasos antes de que el animal, monstruoso y terrible como no había visto ninguno hasta entonces, se abalanzara sobre él. Los dientes finos y serrados le laceraron profundamente la pierna pero, espoleado por el miedo, el monje consiguió seguir corriendo. El animal aún lo persiguió unos metros, infligiéndole una profunda herida en la espalda con las zarpas, antes de quedarse atrás y permitirle marcharse.

El monje adivinaba pese a su ansia por huir que, si hubiese querido, o si el cielo no le estuviese protegiendo, el monstruo podría haberlo alcanzado. Lo dominaban el desconcierto, la sorpresa y el dolor mientras cojeaba hacia el camino. Temía que el monstruo volviera a buscarlo si se quedaba a la intemperie, y esperaba encontrar alguna caravana que se dirigiera todavía al burgo a aquellas horas de la tarde. Tenía que avisar a las gentes de aquel lugar del peligro que los amenazaba.

Pero el animal no iba a ir a buscarlo, ni siquiera cuando la ponzoña hiciera su efecto. No lo había atacado por hambre, sino porque el monje había sido un intruso extraño en su territorio. Un intruso de sabor aún más extraño, que pese a todo podía ser en el futuro una presa aceptable en caso de que no hubiera nada mejor.

Y su olor era el que flotaba en el ambiente, concentrado, no muy lejos de aquel sitio donde se había encontrado con su primer humano.